

‘Despertar’

Me siento perdida, desesperada,
no logro definir donde estoy,
no recuerdo quien soy,
sin embargo,
hay un dolor que persiste.

Sombras a mi alrededor vigilan,
mudos testigos de un sádico espectáculo.
Penumbras, dolor, sangre.
¿sangre? ¿sangre?
La siento fluir,
escucho su goteo,
mis venas son fuente incesante,
de calor,
de vida.
Oxidados grilletes
impiden que cubra mis heridas.

Siento mi cuerpo pesado,
no tengo control,
pierdo luz,
no veo más,
no siento más.

[...]

Dolor, otra vez dolor.
Mis ojos abiertos, aún no ven.
Una luz llega hacia mí,
me levanta de golpe, gritando,
no entiendo lo que dice.
Me arrastras,
el suelo lastima mi piel descubierta,
brota más y más sangre,
no duele.
El dolor que siento va más allá
de lo terrenal.

El suelo no desgarrar más,
un gélido mosaico me sostiene.
Con desdén, colocan sobre mí
un manto,
se impregna sin espera,
de sangre y sudor.
Mi cabeza comienza una tortura,
recuerdos llegan a mí,
abrumando mi conciencia.

Una mano interrumpe el estupor,
rodea mi cara con una tenebrosa ternura,
invadiéndome de angustia,
algo tan familiar.
Mis sentidos vuelven a adquirir cordura,
la memoria deja de ser una incógnita,
recuerdo ya quien soy.

Labios frívolos me besan,
desbordando hiel confundida con dulzura.
Unos brazos cubren mi cuerpo
en un burlesco intento de protección,
guiándome hacia un lecho
que emula un nicho de muerte.

Encontrando placer al desnudarme,
el ente de mi tormento,
asciende a la cúspide de mi ser,
deseando hallar una muerte compartida.
Una enorme repugnancia me invade,
mi corazón, cual Judas,
intenta traicionarme,
deseando, en una sutil resurrección,
el amor negado en el dolor.

El sublime sentimiento,
inmaculado al nacer,
prohíbe caer de nueva cuenta
en el círculo macabro
que su torcido ser evoca,
logrando zafar mi débil corazón
de las viles ataduras de un perverso amor,
manteniendo como señuelo mi cuerpo lastimado.

Mi mano, deseosa de libertad,
alcanza la daga que inflingió mis heridas,
escondiéndola bajo la muñeca,
sutilmente acercándola al costado
del demonio que persiguió
mi realidad y mi fantasía.

En la amarga miel del beso final,
encajo el frío filo en su cuello,
permitiendo que la sangre y su vida
broten a raudales,
dejando que la muerte vacié su ser
llevándolo al lado del ángel soberbio,
quien lo recibe en un látigo certero de justicia.

[...]

Despierto, el sol besa mis párpados,
en cálidas caricias,
me invita a iniciar un nuevo día,
una nueva vida.

Me levanto en paz,
me dirijo al espejo,
siento tranquilidad al ver mi reflejo,
Todo parece un mal sueño,
pero...
ya no lo recuerdo.

Es como si una lápida hubiera
abandonado mi espalda,
liberando mis oprimidas alas,
disipando la razón del tormento.

Se que alguien ha muerto,
pero no hay luto en mi ser,
sólo ya existe un sendero lleno de luz
y esperanza,
de vida y tranquilidad.